

ban con él no podían resistir al espíritu y sabiduría con que hablaba.

CAPITULO XVII.

Cuánto desagrada á Dios la desconfianza.

Así como con la confianza en Dios honramos y agradamos mucho á su Divina Magstad, y es medio para que nos haga muchas mercedes: así por el contrario, una de las cosas de que más se ofende Dios, y de que muestra mayor enojo y que con mayor severidad castiga, es la desconfianza, porque toca eso en su honra: y así vemos que esta fué una de las cosas por qué Dios más se enojó con los hijos de Israel y por qué más los castigó. Cuenta la Sagrada Escritura (1), que cuando Moisés envió los exploradores á la tierra de Promision, vinieron espantados, y dijeron al pueblo que habían visto unos gigantes tan valientes, que ellos eran unas langostas en su comparación, y que habían visto unas ciudades tan fuertes, tan muradas y torreadas, que no las podrían entrar. Y cayó con esto un desmayo en el pueblo y una desconfianza tan grande de poder alcanzar la tierra de Promision, que trataban ya entre sí, unos con otros, de elegir un capitan para tornarse á Egipto. Enojóse Dios grandemente con el pueblo, y dice á Moisés: "¿Hasta cuándo no ha de acabar de creer este pueblo ni fiarse de mí, habiendo visto tantas señales y maravillas como por ellos he hecho? Quiéroles enviar una pestilencia y acabarlos á todos de una vez (2)." Púsose Moisés de por medio, y suplicó á Dios que los perdonase; y dícele Dios: "Por amor de tí, yo los perdo-

(1) Numeror. XIII, et XIV.
(2) Usquequo detrahet mihi populus iste? quousque non credent mihi in omnibus signis, quae feci coram eis? Feriam igitur eos pestilentia, atque consumam. Numeror. XIV, 11.

no ahora; empero todos los que vieron las maravillas y señales que hice en Egipto, y despues en el Desierto, y no han acabado de creer y fiarse de mí, no han de entrar en la tierra de Promision. Yo te prometo que ninguno de ellos la ha de ver de sus ojos. Y como se lo juró así lo cumplió (1). Seiscientos mil hombres fueron los que sacó Dios de Egipto, sin las mugeres y niños, y todos murieron en el desierto, que ni entraron en la tierra de Promision, ni la vieron de sus ojos, por la desconfianza que tuvieron. Solo Josué y Caleb, que tuvieron confianza de entrar y vencer los enemigos, y animaban al pueblo á ello, entraron, y los niños pequeños, que ellos habían dicho que habían de ser presos y cautivos de sus enemigos. Para que se vea cuánto aborrece Dios la desconfianza; y aun al mismo Moisés y Aaron, porque tocaron la piedra con la vara con alguna duda de sacar agua, habiéndoles dicho Dios que la sacarian, por esta desconfianza los castigó Dios en lo mismo: "Porque no creistes, ni fiastes de mí, tampoco vosotros entrareis en la tierra de Promision (2)." Viola Moises desde un monte, que estaba cerca, pero no entró en ella. Y le dice Dios: "Vístela con tus ojos, pero no entrarás en ella (3)." Como quien dice: "¿Vésla? pues no la gozarás." Es negocio que toca á la honra de Dios esto de la desconfianza, y por eso la castiga de esa manera.

De aqui podemos sacar, lo primero, cuán malas son y cuánto desagradan á Dios unas desconfianzas y desmayos que suelen tener algunos, unas veces en las tentaciones, otras en cosas de su propio aprovechamiento, otras en los ministerios y nego-

(1) Numeror. I, 45; XIV, 22.
(2) Quia non credidistis mihi, ut sanctificaretis me coram filiis Israel, non introducetis hos populos in terram quam dabo eis. Numeror. XX, 10 et 12.
(3) Vidisti eam oculis tuis, et non transibis ad illam. Deuter. IV, 4.

cios en que les pone la obediencia, que parece que nacen de la humildad, y no nacen sino de soberbia; porque ponen los ojos en sí, pareciéndoles que por sus fuerzas, industrias y diligencias habían de poder aquello, lo cual es gran soberbia. Lo segundo, habemos de sacar de aqui que en todos nuestros negocios, necesidades y trabajos, lo primero ha de ser acudir á Dios y poner en él toda nuestra confianza. No ha de ser lo primero poner los ojos en los medios humanos y en nuestras diligencias é industria, y lo postrero acudir á Dios, que ese es un abuso grande que hay en el mundo; que lo primero es poner los ojos en los medios humanos é intentarlos todos sin acordarse de Dios; y despues, cuando en eso no hallan remedio, y tienen ya el negocio como desahuciado, acuden á él, y por eso permite el Señor que nos falten esos mismos medios humanos que ponemos y en que confiamos, como lo dijo él al rey Asá: "Porque pusiste tu confianza en el rey de Siria, y en su ejército y socorro, y te olvidaste de Dios, por eso te faltó su ejército (1)." Oféndese y agráviase Dios de que tomemos otro arrimo sino á él. Luego se nos han de ir los ojos á Dios, y una de las principales cosas que habemos de procurar en la oracion, ha de ser asentar en nuestro corazon esta confianza grande en Dios; pues vamos á ella á plantar y asentar virtudes en nuestra alma, y una de ellas, y muy principal y necesaria, es esta. Y no habemos de parar hasta que el corazon esté habituado á acudir luego á Dios en todas las cosas y confiar en él, y no se vaya á buscar el remedio á otra parte, sino á Dios, y que este sea todo nuestro refugio y amparo, y toda nuestra confianza; conforme á aquellas

(1) Quia habuisti fiduciam in rege Syriae, et non in Domino Deo tuo, idcirco evasit Syriae Regis exercitus de manu tua. II. Paralip. XVI, 7.

palabras de Josafát, rey de Israel, que las habíamos de traer siempre en la boca y en el corazon: "Como no sepamos lo que nos conviene hacer, solamente nos queda este remedio de acudir á vos, Señor, que sois nuestro refugio y amparo (1)." "Bienaventurado el que pusiere toda su confianza en Dios (2)." "Que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

CAPITULO XVIII.

Que no habemos de desmayar, ni desanimarnos, aunque veamos que se hace poco fruto en los prójimos.

Quéjase el Profeta Miqueas en las siguientes palabras del poco fruto que hacia con sus sermones en el pueblo de Israel: "Ay de mí, dice (3), que me ha acontecido lo que suele acontecer á los que en el otoño, despues de hecha la vendimia, van á coger la rebusca; que pensando hallar algo, no hallan ni un cencerron." De lo mismo se queja el Profeta Isaías, diciendo: "La ciudad quedó hecha un páramo, y la calamidad oprimirá sus puertas. Porque estas cosas serán en medio de la tierra, en medio de los pueblos, como si algunas pocas aceitunas, que quedaron, se sacudieran de la oliva, y algunos rebuscos, despues de acabada la vendimia (4)." Una de las cosas que suele desconsolar y desanimar mucho á los que tratan de ayudar y aprovechar á los prójimos, es ver el poco fruto que se hace con los sermones y con los demas me-

(1) Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te. II. Paral. XX, 12.
(2) Beatus vir, cujus est nomen Domini spes ejus. Ps. XXXIX, 5.
(3) Vae mihi, quia factus sum sicut qui colligit in autumno racemos vindemiae: non est botrus ad comedendum. Mich. VII, 1.
(4) Relicta est in urbe solitudo, et calamitas opprimet portas. Quia haec erunt in medio terrae, in medio populorum: quomodo si paucae olivae, quae remanserunt, excutiantur ex olea; et racemi, cum fuerit finita vindemia. Isai. XXIV, 12.

dios que toman para eso. Cuán pocos se convierten, cuán pocos se aprovechan y entiendan, y cuán pocos perseveran. Por ser esta una queja y tentacion muy comun, satisfaremos aqui á ella, y servirános de un medio muy bueno para animarnos y alentarnos en nuestros ministerios.

San Agustin trata muy bien este punto, y va respondiendo y satisfaciendo á esta queja con el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. ¿Por ventura, dice (1), el Hijo de Dios predicó á solos los discipulos, ó á sola la gente que habla de creer en él? ¿No vemos que predicaba tambien á sus enemigos que venian á tentarle y á buscar en qué calumniarle? ¿O predicaba por ventura solamente cuando tenia mucha gente y muy grande auditorio? ¿No le veis predicando á una sola muger, baja, samaritana, moza de cántaro, y estar tratando con ella aquella cuestion de la oracion, si habla de ser en el templo, ó si podia ser fuera de él (2)? Empero direis: esa sabia él que habia de creer y aprovecharse de su plática y sermón. Es verdad, dice San Agustin; pero ¿qué direis de tantas veces que trató y predicó á los judios, fariseos y saduceos, que no solo no habian de creer, sino que habian de calumniarle y perseguirle? Unas veces les preguntaba, para convencerlos con sus mismas respuestas; otras, respondia á sus preguntas, aunque sabia que las hacian para tentarle. Ninguno de estos leemos que se haya convertido con esto (3). Y muy bien sabia él lo que habia de ser; mas para darnos ejemplo, quiso predicar á aquellos que sabia que no se habian de convertir ni aprovechar con su predicacion, sino por ventura.

(1) Aug. lib. 1, contra Cresconium grammatiscum, cap. 8.
(2) Joann. IV, 20.
(3) Quod cum faceret, nullum ex his legitur ad eum sequendum fuisse conversum. Aug.

ra empeorar, para enseñarnos á nosotros, que no sabemos si los que tratamos se convertirán ó no, que no desistamos de predicar y confesar, y hacer lo que es de nuestra parte, ni nos desanimemos por no ver luego al ojo el fruto. Por ventura está ahí alguna alma predestinada por medio de esa vuestra predicacion, y el Señor tocará su corazon por medio de esa vuestra plática ó sermón: y aunque os parezca que no se convierten, ni aprovechan, quizá despues se convertirán y aquella semilla de la palabra de Dios, que cayó en su corazon, dará despues fruto como suele acontecer; y asi nunca habemos de dejar de hacer lo que es de nuestra parte para ayudar á los prójimos.

Gerson, en un tratado que hace: *De parvulis trahendis ad Christum*, habla muy bien en esto contra los que desmayan y se desaniman para confesar y tratar á cierto género de gente; porque les parece que no perseveran, y que se vuelven á sus pecados, y que lo que se trabaja con ellos es tiempo perdido y como quien lo echa en saco roto. Va allí Gerson animando y exhortando á los confesores que se apliquen á confesar muchachos, y dice que hay grande fruto en ello; porque estos están entre dos caminos, y seguirán aquel en que les previnieren, y serán del primero que los previniere; si les previenen de parte del demonio y del mundo, eso seguirán; y si de parte de Dios, tambien: y asi importa mucho mostrarles el camino de la virtud é imponerles en él al principio, porque con eso se quedarán. Y responde á la objecion y escusa de algunos que no quieren confesar á estos, diciendo que es tiempo perdido el que se gasta con ellos, porque no tienen capacidad para lo que se les dice, y en acabándose de confesar, luego se vuelven á sus costumbres, y se van á jugar y reñir unos con otros, como si no les hubieran dicho nada. Dice Gerson: si porque luego se vuelvan á sus

mañas y costumbres malas no les quereis confesar, de esa manera no confeseis tampoco á los grandes, porque esos tambien, en acabando de confesar, se vuelven luego al vomito y á pecados bien diferentes de los que suelen cometer los muchachos; porque éstos muchas veces no llegan á mortales, y esotros sí. Bueno seria por cierto que diésemos de mano á los penitentes y los dejásemos de confesar, porque luego vuelven á caer en los mismos pecados! No los habemos de dejar de confesar por eso, dice Gerson, ni á los grandes ni á los pequeños, como ellos tengan propósito verdadero de no tornar á ellos; y trae dos comparaciones muy buenas para esto. ¿Por ventura, cuando la nave hace agua, el que dá á la bomba deja de dar y sacar por ver que luego se torna á entrar otra tanta? Y tampoco dejamos de lavar las manos por ver que luego se han de tornar á ensuciar (1). Es menester dar á la bomba, aunque veamos que luego se torna á entrar otra tanta agua; porque, sino, se hundiria la nave, y con eso no se hunde. Y es menester lavar las manos muchas veces, aunque luego se hayan de tornar á ensuciar, porque no se arraigue la suciedad, y asi sea despues difícil de quitar. Pues de la misma manera no habemos de dejar de confesar y ayudar á los penitentes por ver que luego se vuelven á los mismos pecados; porque si lo dejásemos, se acabarian del todo de perder, y con eso se entretienen y no se dan á rienda suelta á los vicios, y al fin hay esperanza de su salvacion.

Es muy buen ejemplo para esto el que leemos de nuestro bienaventurado Padre San Ignacio (2). Entre otras santas obras,

(1) Nunquid sentinam navis exhauriens, idcirco deserit opus, quia redit tantundem aquae, quantum expulerit? Si quotidie manus sordiantur, non minus abluimus illas, quia etsi redeant sordēs, non ea tenacitate cohaerescunt. Gers.
(2) Lib. 3, cap. 9 de la vida de N. P. S. Ignacio.

en que se ocupaba, dió tambien en remediar malas mugeres, y asi procuró que se instituyese en Roma una nueva casa, en que fuesen recibidas las que deseaban salir de aquella torpe y miserable vida; porque aunque habia para ellas un monasterio de arrepentidas, pero en aquel no se admitian sino las que querian entrar por monjas; y muchas de estas malas mugeres, aunque deseen salir de aquel mal estado, no sienten en si fuerzas para seguir tanta perfeccion; y otras, por ser casadas, aunque quieran no pueden; y asi para las unas como para las otras, procuró que se hiciese un monasterio de Santa Marta. Y porque ninguno queria comenzar esta obra, aunque se ofrecian muchos á ayudar, comenzó nuestro Padre de su pobreza, en tiempo que tenian harta necesidad, con cien ducados que hizo de unas piedras que mandó vender al procurador para esto. Y andaba con tanto fervor en esta obra, que no le impedia de eso el oficio de general que tenia; tanto, que él mismo en persona las acompañaba por medio de la ciudad de Roma, cuando se apartaban de su mala vida; y las llevaba al monasterio de Santa Marta ó á alguna otra casa honesta, donde las recogia. Y decianle algunos que para qué perdía su tiempo y trabajo en procurar el remedio de estas mugeres, que como tenian hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban á ellos. A los cuales respondia él: No tengo yo por perdido este trabajo, antes os digo que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida hacer que alguna de estas quisiese pasar sola una noche sin pecar, yo los tendria todos por bien empleados á trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la magestad de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto que luego se habia de volver á su torpe y miserable costumbre. De manera, que aunque supiésemos de cierto que los penitentes, y

aquellos que tratamos, se habian de volver juego á sus pecados, por solo que estuviesen sin pecar siquiera una hora, y por evitar un solo pecado mortal, habiamos de dar por muy bien empleado el trabajo de toda nuestra vida: y ese es verdadero celo de la honra y gloria de Dios. El que caba buscando algun tesoro, primero saca alguna tierra, y todo lo da por bien empleado por hallar un poco de oro.

Empero pasemos mas adelante: demos que nadie se convirtiese, ni cesase de sus pecados, ni aun por sola una hora; con todo eso, no habemos de dejar de predicar, y hacer lo que es de nuestra parte para ayudar á nuestros prójimos. San Bernardo dice esto muy bien, escribiendo al Papa Eugenio (1), que habia sido monge y discípulo suyo. Vále exhortando á que reforme el pueblo romano y la curia; y despues de haberle exhortado mucho á esto, pone esta objecion: «Mas por ventura te reirás de mí diciendo que es por demas tomarse con el pueblo romano, gente proterva y soberbia y amiga de tumultos, guerras y disensiones; gente intratable, indómita y que no sabe estar en paz, ni sujetarse á nadie, sino cuando no puede resistir: y asi no hay que esperar, y será trabajar en vano.» Responde maravillosamente el Santo: «No desconfies por eso, porque no te piden que los sanes, sino que tengas cuidado de ellos y de aplicar los medios y medicinas que conviene para su remedio (2).» Eso es lo que nos pide el Espiritu Santo por el Sábio: «Hánte hecho rector y superior de otros; ten cuidado de ellos (3).» No dijo: «Cúralos, ó sánalos: cura vel sana illos: no es

(1) Bern. lib. 4 de Consideratione ad Eugenium.
(2) Noli dilidere: curam exigeris, non curatio- nem. Ib.
(3) Rectorem te posuerunt; curam illorum habe. Eccl. XXXII, 1.

tá obligado el superior á curar y reme- diar con efecto las faltas de sus súbditos, porque eso no está en su mano. Muy bien dijo el otro (4) que no está en manos del médico sanar siempre al enfermo, ni consiste en eso el ser buen médico, ni el hacer bien su oficio. Mas dejemos, dice (2), los testimonios de los estraños, pues los tenemos mejores de los nuestros. El Apóstol San Pablo dice: «He trabajado mas que todos (5).» No dijo: he hecho mas fruto que todos, porque sabia muy bien, como quien habia sido enseñado de Dios, que cada uno recibirá el premio y galardón conforme á su trabajo (4), no conforme al suceso ó fruto que se hiciere; y por eso se gloria el Apóstol en sus trabajos y no en el fruto. Y asi dijo tambien en otra parte: «En muchos trabajos (5).» Pues asi haz tú lo que es de tu parte; planta, riega, labra y cultiva la viña del Señor, y con esto habrás cumplido con lo que está á tu cargo. El crecimiento y fruto no está á tu cuenta, el Señor lo dará cuando él fuere servido; y si por ventura no quisiere darlo, tú ninguna cosa perderás por eso; porque Dios paga y da el premio y galardón á cada uno conforme á sus obras y trabajos (6), y no conforme al suceso y fruto que se sigue. ¡Oh dichoso y seguro trabajo, que no se disminuye ni se menoscaba con ningún suceso que acontezca; aunque ningún fruto se haga, aunque nadie se convierta ni enmiende, tú tendrás tu galardón tan lleno y

(1) Non est in medico semper, ut relevetur aeger.
(2) At melius propono de tuis tibi. Paulus loquitur: abundantius illis omnibus laboravi. Non aut plus omnibus profui, aut plus omnibus fructificavi. Bern. loc. cit.
(3) I. ad Cor. XV, 10. manibus hinc.
(4) Unusquisque autem propriam mercedem accipiet secundum suum laborem. I. ad Cor. III, 8.
(5) In laboribus plurimis. II. ad Cor. XI, 23.
(6) Dicente Scriptura: reddidit justis mercedem laborum suorum. Sapientiae X, 17.

tan cumplido como si se convirtieran muchos y se hiciera grande fruto (1)!

Esto he dicho, dice San Bernardo, sin perjuicio de la bondad y omnipotencia de Dios; porque aunque mas endurecido esté el corazón del pueblo, poderoso es Dios para hacer de piedras y corazones empedernidos hijos de Abraham (2). Y ¿quién sabe si lo hará? ¿quién sabe si volverá Dios aquellos sus ojos de misericordia y nos dejará su bendición (3)? Pero no trato ahora, dice, de lo que ha de hacer Dios, porque no nos conviene á nosotros escudriñar sus altos juicios; sino lo que pretendo es persuadir á los que tienen oficio de acudir á los prójimos, que no dejen de hacer todo lo que pudieren en eso, por parecerles que no se hace fruto; pues no depende de eso nuestro merecimiento ni nuestro premio, sino de hacer nosotros lo que debemos á nuestro oficio y de hacerlo con la diligencia y cuidado que debemos. Fuera de esto, por otras dos razones conviene mucho que, aunque ninguno se hubiese de convertir y ningún fruto se hubiese de hacer, con todo eso perseveremos y no cesemos de predicar y trabajar y hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, como si se convirtiesen y aprovecharan muchos. Lo primero, conviene esto á la misericordia y grandeza de Dios. Dice bien San Crisóstomo: las fuentes no dejan de correr, aunque no venga nadie á coger agua; y es grandeza de una ciudad que esté el agua sobrada y se derrame y pierda por su abundancia. Pues de la misma manera los predicadores, que son las fuentes por donde ha de correr el agua de

(1) Securus labor, quem nullus valet evacuare defectus. Bern. ubi sup.
(2) Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahæ. Matth. III, 9.
(3) Quis scit si convertatur, et ignoscat, et relinquat post se benedictionem? Joëlis II, 14.

la doctrina del Evangelio, no han de dejar de predicar y derramar la palabra de Dios, ahora vengan muchos, ahora pocos á coger de esta agua; y esa es la magnificencia de Dios y la grandeza de su bondad y misericordia, que haya tanta abundancia de doctrina en la Iglesia que siempre estén mandando y corriendo las fuentes para quien tuviere sed y quisiere beber. «Todos los que teneis sed, venid á las aguas; y los que no teneis plata daos prisa, venid y comprad, y comed, sin precio, ni dinero, vino y leche (1).»

Lo segundo, conviene esto tambien á la justicia de Dios, porque si los hombres no se aprovecharan y convirtiesen con tantos avisos, pláticas y sermones, á lo menos servirá eso para justificar mas la causa de Dios (2). Quiere Dios justificar muy bien su causa con los pecadores, y que vean que no queda por él, sino por ellos, para que no tengan escusa, ni de qué quejarse, sino de sí mismos, viendo los muchos medios y ayudas que tenian; y que aun cuando ellos no querian venir á oír el sermón, les iban á predicar á las plazas. Y asi se pone Dios á dar razon y satisfaccion á su pueblo de lo que habia hecho por él, diciendo por Isaias: «¿Qué mas habia yo de hacer con mi viña, de lo que he hecho? Yo la planté, yo la cerqué, yo edificué una torre en medio de ella para su defensa, y despues, en lugar de uvas, dió agrazones. Pues juzgad ahora entre mí y mi viña, y mirad por quien queda el dejar de dar frutos (3).» No es poco, sino mucho, que sirvais vos de hacer las

(1) Omnes sitientes venite ad aquas, et qui non habetis argentum, proparate, emite, et comedite: venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac. Isaias XLV, 1.
(2) Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum judicaris. Ps. L, 6.
(3) Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci?... Et expectavi ut faceret uvas, et fecit labruscas.... Nunc ergo habitatores Jerusalem, et viri Juda, judicate inter me, et vineam meam. Isaias V, 2, 3 et 4.

partes de Dios y de justificar su causa con los pecadores el dia del juicio. Vuestros sermones y avisos acusarán y convencerán y condenarán á los malos, que no tendrán qué responder.

De manera, que por cualquier parte que tomemos este negocio, conviene nunca cesar de hacer todo lo que es de nuestra parte en ayuda de los prójimos, ahora se conviertan y aprovechen, ahora no. Dice muy bien San Agustín (1), sobre aquella parábola de los convidados (2), hablando de aquel siervo que por mandado de su señor salió á convidar á la cena, y algunos no quisieron venir; ¿por ventura aquel siervo será contado entre los perezosos, porque los otros no vinieron á la cena? No por cierto, sino entre los diligentes y cuidadosos, porque él ya hizo lo que le fué mandado: ya los convidó, ya los rogó é hizo lo que era de su parte para que viniesen á la cena; no quisieron venir, ellos serán los castigados, que el siervo no será sino premiado por su buena diligencia como si todos hubieran venido. De lo que Dios nos pedirá á nosotros cuenta es si hicimos todo lo que podíamos y debíamos para que se aprovecharan los prójimos: que el otro se aproveche, eso bueno es, y todos lo habemos de desear y holgarnos mucho de eso, como leemos en el Sagrado Evangelio (3) que se regocijó Cristo nuestro Redentor en espíritu cuando viniendo los discípulos de predicar habian hecho grande fruto; pero, al fin, no está eso á nuestra cuenta, sino á cuenta del otro. Cada uno ha de dar cuenta á Dios de lo que le toca; nosotros daremos de si hicimos bien nuestro oficio y todo lo que era de nuestra parte para aprovechar á los prójimos, y ellos la

(1) Aug. lib. de fide, et operibus.
(2) Matth. XXII, 3.
(3) Luc. X, 22.

darán, y muy estrecha, de cómo se aprovecharon de eso.

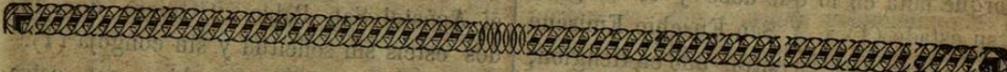
De manera, que no depende nuestro merecimiento, ni la perfeccion de nuestra obra de que el otro se aproveche ó no: antes podemos añadir aquí otra cosa para nuestro consuelo, ó por mejor decir, para consuelo de nuestro desconsuelo; y es, que no solamente no depende nuestro merecimiento y nuestro premio y galardón de que los otros se conviertan y de que se haga mucho fruto, sino que en cierta manera podemos decir que hacemos y merecemos mas cuando no hay nada de eso que cuando se vé el fruto al ojo: al modo que solemos decir, tratando de la oracion, que mas hace el que persevera en ella, cuando no tiene devocion, sino sequedad y distraccion, que el que persevera en ella teniendo devocion y consuelo; porque ver el predicador que es muy oido y seguido de la gente, y que se aprovechan y convierten muchos con sus sermones, es un gusto y consuelo muy grande, y que alienta y anima mucho, y hace que no se sienta el trabajo, como lo nota muy bien San Gregorio (1); y por el contrario, dice, el ver que no se aprovechan los oyentes, ni se hace fruto ninguno, es de suyo gran desconsuelo y gran dolor; y así no se le quebrar á uno las alas con esto, sino perseverar y trabajar como si le oyera todo el mundo y se aprovecharan mucho de su trabajo, es cosa de mucha perfeccion, y en que se vé bien que lo que se hace se hace puramente por Dios (2).

Pues con esta puridad y perfeccion habemos de procurar hacer nuestros ministerios, no poniendo los ojos principalmente en el fruto y buen suceso de las obras, sino en hacer en ellas la voluntad de Dios,

(1) Greg. lib. 35 Moral., cap. 11.
(2) Part. I, trat. 3, cap. 11.

y en hacerlas lo mejor que pudiéremos para agradar á Dios, porque eso es lo que su Divina Magestad nos pide y quiere de nosotros. Y de esta manera no nos impedirá el trabajar, ni nos hará desmayar el

poco fruto ó el ruin suceso, ni nos turbará, ni quitará nuestra paz, ni nuestro contento, como les suele acaecer á los que llevan muy puestos los ojos en el fruto y en el buen suceso de la obra.



TRATADO SEGUNDO.

De los votos esenciales de la Religion y bienes grandes que hay en ella.

CAPITULO I.

Que la perfeccion del religioso consiste en la perfecta guarda de los votos que hace de pobreza, castidad y obediencia.

Antes que vengamos á tratar en particular de cada uno de estos votos, diremos algunas cosas generales acerca de ellos; y sea lo primero, que estos tres votos son los medios principales que la Religion tiene para alcanzar la perfeccion. Santo Tomás dice (1) que el religioso está en estado de perfeccion, y es comun doctrina de los doctores y Santos, tomada de San Dionisio Arcopagita. No quieren decir que en siendo uno religioso luego es perfecto, sino que profesa que camina á la perfeccion (2). Dice el glorioso Santo Tomás: «No profesa el religioso ser ya perfecto, como lo profesa el obispo; porque para ese estado requierese que preceda la perfeccion; pero para el estado de religioso no es menester que preceda, basta que se siga.» Y colige muy

(1) S. Thom. 2.-2., quaest. 184, art. 5.
(2) Non quasi proflitentes se ipsos perfectos: sed proflitentes se ad perfectionem tendere. Dion. cap. 5. de caelesti Hierarch.

bien Santo Tomás esta diferencia, del estado del religioso y del obispo, de las palabras de Cristo nuestro Redentor en el Evangelio; porque dando el consejo de la pobreza voluntaria, que profesa el religioso, no supone que aquel á quien le da sea perfecto, sino que lo será si guarda estos consejos. No dijo: «Si eres perfecto, vé y vende lo que tienes;» sino: «Si quieres ser perfecto (1).» Pero para hacer prelado á San Pedro, pregúntale (2), no solo si le ama, sino si le ama mas que los demas; y eso, no solo una, sino segunda y tercera vez, para dar á entender la caridad y perfeccion grande que para este oficio se requiere. De manera, que así el estado del obispo como el del religioso son estados de perfeccion; pero diferentemente, porque aquel presupone la perfeccion, y no la da; pero el estado de religioso no supone la perfeccion, pero dála. No estais obligado á ser perfecto luego en siendo religioso; pero estais obligado á aspirar á la perfeccion y á

(1) Si vis perfectus esse. Matth. XIX, 21.
(2) Joann. XXI, 15.